

Mujeres mineras de la Montaña Roja, 1975-2022

EVELYN CALLAPINO GUARACHI

Investigadora independiente. Integrante de Mujer de Plata, Potosí (Bolivia)
callapinoevelyn@gmail.com

Resumen: Este artículo examina la trayectoria de las mujeres mineras de Potosí (palliris, llampiras y serenas) a partir de fuentes documentales y relatos de vida, con tres ejes de análisis: memoria, trabajo y género. La memoria de estas trabajadoras se nutre de sus raíces campesinas y de la experiencia minera, expresándose en objetos, símbolos y narraciones que conectan pasado y presente. En el ámbito laboral, estas mujeres participan tanto en labores extractivas como en tareas de selección y resguardo, mientras además asumen responsabilidades domésticas y de crianza que configuran múltiples jornadas. En lo referente al género, los discursos institucionales de la década de 1960 las ubicaban principalmente como amas de casa y madres, en contraste con su agencia en asociaciones y sus demandas de derechos. La feminización del Cerro Rico, reflejada en vírgenes, festividades y denominaciones de bocaminas, transforma un espacio históricamente masculino. Aun con inequidades persistentes, las trabajadoras han consolidado un sentido de pertenencia y comunidad, proyectando para sus hijos horizontes de movilidad social y reconfigurando la memoria y la identidad minera de la Montaña Roja.

Palabras clave: Cerro Rico, COMIBOL, domesticidad, llampiras, memoria colectiva, mujeres mineras, palliris, Potosí, serenas

Recibido: 10 de julio de 2025. **Aprobado:** 15 de septiembre de 2025.

Introducción

Este artículo explora la experiencia histórica de las mujeres mineras a partir de tres ejes centrales: memoria, trabajo y género.¹ Para esta reconstrucción se hace uso tanto de los testimonios orales de las trabajadoras como de las fuentes procedentes de archivos públicos y privados. El diario potosino *El Siglo*, publicación periódica semanal, ofrece una valiosa y excepcional documentación sobre Potosí a partir de 1975 (el periódico cerró en 2004). La colección más completa se encuentra hoy en el Archivo Histórico de la Casa Nacional de Moneda. *El Siglo* es el principal medio para una reconstrucción detallada de la vida potosina, ya que proporciona las circunstancias, los eventos y los personajes que fueron considerados centrales en la ciudad, además de ofrecer importante información para conocer la situación y los roles sociales de las mujeres. La industria minera ocupa un lugar importante en esa publicación. *El Siglo* expresa, además, el impacto del Año Internacional de la Mujer en 1975, con la creación de una columna femenina semanal en 1976 dedicada a los temas de las mujeres. A su vez, los Servicios Sociales de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) elaboraron desde 1978 informes administrativos (bimestrales, semestrales y anuales) sobre la situación de las mujeres en el campamento de Pailaviri (en las faldas del Cerro Rico de Potosí). En estos informes propusieron proyectos para el mejoramiento de los hogares y la formación de las mujeres. En ese sentido, prestaron atención a la nutrición, la higiene, la salud y las relaciones humanas de los hogares mineros, y confirieron especial protagonismo a las mujeres. Escritos por trabajadoras sociales (llamadas “promotoras de hogar” en los informes), tales documentos nos presentan el panorama del campamento entre 1975 y 1984, así como las ideas sobre el hogar minero inspiradas en la concepción de la domesticidad.

Este trabajo concentra tres grupos ocupacionales: palliris, llampiras y serenas. Las primeras se encargan de la recolección y la venta del mineral, actuando de forma independiente; las segundas también realizan el trabajo de

¹ Este artículo es el resultado de la revisión del capítulo cuarto de la tesis de Maestría en Historia Andina, titulada “Mujeres mineras potosinas: Género, historia y memoria (1975-2022)” (FLACSO-Ecuador, Quito, 2024). Este trabajo hace uso de la historia oral a través de entrevistas y diálogos con 21 trabajadoras mineras e incluye una revisión de fuentes primarias localizadas en los archivos de Potosí. Estas fuentes provienen centralmente de *El Siglo* (1975-2004) y de informes de los Servicios Sociales de la COMIBOL sobre el personal minero y sus familias, conservados en el Archivo Histórico de la Minería Nacional de la COMIBOL (en adelante, AHMN-COMIBOL) de Potosí. También se consultaron archivos privados de las propias mineras, cuyas fotografías representan una construcción visual de la memoria. El Cerro Rico constituye en sí mismo un enorme archivo, un venero de historias, recuerdos, interpretaciones y aspiraciones de sus trabajadoras.

recolección, aunque subcontratadas por socios cooperativistas o por trabajadores; y las terceras son las que cuidan y vigilan las bocaminas.

Asimismo, se presentan tres argumentos centrales. Primero, que la memoria de las mujeres mineras se ha construido a partir de sus experiencias, las cuales se hunden en su origen campesino y en la representación de su pasado como trabajadoras. Una memoria marcada por el trabajo minero, la precariedad material, la lucha diaria por la sobrevivencia y la reproducción de su grupo familiar. Su memoria colectiva expresa también su profundo sentido de identidad, siendo las palliris las más orgullosas de su condición de trabajadoras; ellas reiteran esta autodefinición en sus relatos y conmemoraciones. Segundo, que las mujeres mineras potosinas han jugado un papel central en la industria a través de su historia y que la COMIBOL promovió un discurso sobre el hogar minero y la domesticidad en la década de 1970. La COMIBOL subrayó que las mujeres debían ser personajes clave en el hogar, mediante la atención de la salud, las condiciones de vida del hogar y la educación de los hijos. Aunque se les reconocía un estatus y una participación como trabajadoras mineras, la COMIBOL consideraba que estas mujeres eran principalmente madres y encargadas del cuidado del hogar. Y tercero, que las mujeres han desarrollado una narrativa de exaltación de su trabajo como mineras, a la vez que han ido gradualmente feminizando el Cerro Rico, de forma que han cuestionado las narrativas masculinas que las presentaban como simples “auxiliares” en la industria. Frente a las visiones desarrolladas por los trabajadores varones, *El Siglo* y la COMIBOL, la voz de las mujeres subraya su papel clave en la conformación del mundo minero potosino. En esa misma línea, las fiestas promovidas por estas mujeres (como la de Comadres) muestran al Cerro Rico como una mujer, siguiendo la tradición colonial de la Virgen del Cerro, que es una patrona y aliada de las trabajadoras.

Memoria: *q'epís* y mundo rural

La memoria es el conjunto de recuerdos, evocaciones, interpretaciones y narrativas sobre el pasado que se construyen en el tiempo.² Ella se edifica a partir de la experiencia histórica, tanto colectiva como individual, en un proceso de constante retroalimentación. En el caso de las mujeres

² En su trabajo sobre los mineros del carbón en Coahuila (norte de México), Novelo señala cómo los trabajadores construyeron su memoria colectiva a través de la evocación de su lucha contra los patrones entre 1950-1951, del énfasis en sus derechos laborales y por medios como la narración oral, la música, los volantes, las asambleas sindicales y las representaciones teatrales. Véase Victoria Novelo, “Pequeñas historias de grandes momentos de la minería del carbón de Coahuila”, *Estudios Sociológicos*, 12/36 (1994): 533-556.

trabajadoras, esta memoria histórica es subalterna, puesto que nace desde “abajo” (y de su propia experiencia social), siendo cuestionadora de las visiones dominantes. Sus narrativas ponen en tela de juicio las visiones tradicionales de orientación masculina que privilegian las acciones, los recuerdos y los derechos de los varones.

La memoria es construida por las circunstancias sociales que rodean a un colectivo, aunque también es permeada y reinterpretada por los propios individuos; no es solamente un conjunto de palabras y relatos, sino que comprende la cultura material. Por esta nos referimos a los objetos y los bienes que forman parte de una experiencia de vida y adquieren sentido para sus usuarios;³ son materiales con enorme relevancia para un colectivo. Para las mujeres mineras, estos objetos de cultura material están conformados por los aparejos de su trabajo (botas, casco, pala, combo y otros), su vestimenta, los espacios públicos compartidos y los símbolos políticos y religiosos que las vinculan con el pasado rural y el presente minero.

La memoria histórica de las mujeres mineras potosinas puede sintetizarse en tres repertorios centrales. El primero es la relevancia social de su trabajo a través del tiempo. Para ellas, su labor minera es vista como un gran esfuerzo que condensa el sacrificio diario, la vida cotidiana compuesta por sus alegrías y penalidades, y la recompensa material que permitirá un porvenir a sus hijos e hijas. Algunas de ellas consideran que su trabajo es equivalente, e inclusive superior, al de un hombre. Por ejemplo, en un espacio minero sudpotosino, Cerro Chorolque,⁴ Dionicia Mamani Cruz (n. 1948) afirmó en 2010 que “las

³ Bauer define cinco tipos de “objetos” de cultura material: alimento, vestido, comida, vivienda y organización del espacio público. Véase Arnold J. Bauer, *Somos lo que compramos. Historia de la cultura material en América Latina* (Ciudad de México: Taurus, 2002), 16. En los últimos años, se ha producido un énfasis en ver la historia de América Latina no solo como una interpretación de narraciones y registros jurídicos (dada la naturaleza de los archivos puestos a disposición de la investigación), sino también a partir del estudio de los objetos. Un ejemplo es el texto de Bethany Aram y Bartolomé Yun-Casalilla (eds.), *Global Goods and the Spanish Empire, 1492–1824. Circulation, Resistance, and Diversity* (New York: Palgrave Macmillan, 2014). En esta investigación, subrayamos la relevancia de los objetos más allá de su valor en el mercado y de su consumo; asimismo, prestamos especial atención a su importancia en términos sociales y culturales como elementos identitarios.

⁴ Ubicado en la provincia Sud Chichas, en la parte sur del departamento de Potosí, el cerro Chorolque es rico en minerales como bismuto, estaño y plata. Véase COMIBOL, *Fuego en el hielo. Mujeres mineras de Chorolque* (La Paz: Dirección de Medio Ambiente de la COMIBOL y Embajada de Dinamarca, 2010). Ese libro recoge el testimonio de numerosas mujeres sobre su experiencia laboral, sus perspectivas y sus aspiraciones; uno de ellos es el de Dionicia Mamani Cruz, mujer palliri cuya fotografía aparece en dicho texto. Las imágenes contenidas en ese libro fueron tomadas por Peter Lowe, algunas de las cuales, que muestran a mujeres

palliris somos más fuertes que los hombres”.⁵ Su visión cuestionaba abiertamente la cultura minera hipermasculina, la cual preconiza la superioridad física del varón. Dionicia también hizo referencia al tiempo; es decir, al hecho de que las mujeres hayan sido trabajadoras en las minas en un largo arco temporal.

El trabajo de las mujeres mineras tiene una larga historia. Ellas lo ven como un proceso que no se ha iniciado en el siglo XX, sino mucho antes. Las mujeres han trabajado en las minas desde el siglo XVI.⁶ En el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB) hay registros que muestran esa inserción temprana. En una carta notarial de 1551 se señala cómo las mujeres eran parte del trabajo de producción minera entre Porco y Potosí.⁷ En 1559, en la Villa Imperial de Potosí, Isabel, “india huayra”, donó tres barras y un pedazo de plata a su hijo Francisco.⁸ Ese mismo año, Beatriz, “india natural que dijo ser de Chucuito”, hizo una donación de sus minas en el cerro Andacawa (Porco) a Vasco Valverde, morador.⁹

mineras, están disponibles en

<https://sites.google.com/site/peterlowefoto/bolivia/fuego-en-el-hielo-mujeres-mineras-de-chorolque>

⁵ La cita es relevante porque relata cómo las mujeres palliris se ven a sí mismas con un fuerte sentimiento de identidad y de superioridad moral: “En este trabajo muchos hombres no pueden aguantar. Yo aguanto porque he nacido aquí [Chorolque]. Las palliris antiguas somos más fuertes que los hombres, aunque nos desgastamos cuando tenemos los hijos. Podemos trabajar igual que un hombre. Donde sea estamos presentes con los hombres, en las reuniones, en las marchas, en cualquier problema estamos juntos”. Véase COMIBOL, *Fuego en el hielo...*

⁶ Rossana Barragán Romano, *El imperio del trabajo. Historia social de la producción de plata de Potosí para el mundo (s. XVI-XVIII)* (La Paz: Plural editores, 2025), 186, 189.

⁷ Poder de Juan Albertos a Lorenzo López de Sandi, de 24 de julio de 1551, en la Villa Imperial de Potosí. Dice una parte del texto: “Expresamente para que podáis recoger cualquier yanaconas indios e indias que yo tengo asy por cédula como por otra manera en el asiento de Potosí y en las minas de Porco, y recogidos, entender con ellos en cualesquier mis haciendas y granjerías y minas en labrarlas y coger el metal y plata de ellas y meterlos en la fundición y sacar y vender el dicho metal como mejor os pareciere”. Véase Gunnar Mendoza Loza, *Catálogo de los recursos documentales sobre la minería en el distrito de la Audiencia de La Plata, 1548-1826* (Sucre: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia, Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2005).

⁸ Hasta antes del uso de la amalgamación con mercurio (o cinabrio), el proceso de purificación del metal se hacía a través de las *huayras*, un trabajo en el que la participación femenina era muy visible. Isabel era “huayradora”. Su donación de plata a su hijo equivalía a 629 pesos y tres tomines. Esta donación fue firmada en la Villa Imperial de Potosí el 23 de enero de 1559. Véase Mendoza Loza, *Catálogo de los recursos documentales...*

⁹ Ese documento es muy revelador de las propiedades de las minas en manos de mujeres indígenas. Beatriz sostiene que carece de patrimonio para emprender los

El segundo repertorio es la evocación del mundo rural como una experiencia aleccionadora y formadora de sus vidas; muchas de ellas proceden de entornos campesinos. Como lo ha subrayado la investigación histórica sobre asuntos mineros en los Andes, hay un proceso de transformación de campesinos a mineros, aunque no de forma voluntaria.¹⁰ En el caso de Potosí, el proceso de inserción laboral en las minas estuvo marcado primero por el sistema de encomiendas y luego por la política de la mita impuesta por el virrey Toledo. En su investigación sobre el campamento de Morococha, en los tiempos de la compañía Cerro de Pasco Copper Corporation, entre 1900 y 1930, Alberto Flores Galindo ha mostrado cómo el “sistema de enganche” (adelanto de dinero que se paga luego con trabajo) fue el medio que permitió reclutar a campesinos para el trabajo minero. Al margen del medio de reclutamiento laboral, lo cierto es que muchos de los trabajadores mineros eran de origen campesino, dedicados a la agricultura y la ganadería. Precisamente, esa experiencia rural es vista como aleccionadora, idealizada y central en su universo vital.

El tercer repertorio es la feminización del Cerro Rico. Este proceso es la respuesta al discurso de masculinización del Cerro, representado por el Tío y el mandato de prohibición del ingreso de las mujeres al interior de las minas, una consigna especialmente arraigada en el largo siglo XX.¹¹ Hay

trabajos de explotación y que por ello cede sus derechos: “Pareció presente Beatriz, india, natural que dijo ser de Chucuito, y por lengua de Juan de Vallid que dijo que ella tiene en los cerros y tierras que se llaman de Andacawa cerca de este asiento [Potosí] ciertas minas de metal de plata y de soroche, ansi que le dio al general Pedro de Hinojosa, difunto, como que han registrado y le han dado alcaldes de minas, y como es india y pobre no tiene con que labrar”. El documento fue otorgado en Potosí el 1 de junio de 1559. Véase Mendoza Loza, *Catálogo de los recursos documentales...* Chucuito se encuentra actualmente en la región de Puno (Perú), a 737 kilómetros de la ciudad de Potosí.

¹⁰ Bonilla, apoyándose en las investigaciones de Flores Galindo (1983), subraya el origen campesino de los mineros del centro de Perú y concluye que el “sistema de enganche” fue central en este proceso en la primera mitad del siglo XX. Véase Heraclio Bonilla, *El minero de los Andes. Una aproximación a su estudio* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1974). Sobre la cultura campesina de una comunidad de La Paz y sus identidades, véase el texto de Andrew Canessa, *Minas, mote y muñecas. Identidades e indigeneidades en Larecacha* (La Paz: Editorial Mama Huaco, 2006). Un estudio de caso sobre la Cerro de Pasco Copper Corporation, que reclutaba campesinos mediante el “sistema de enganche”, también advierte acerca de las resistencias del campesinado a la proletarización minera durante el periodo de expansión de esa compañía, así como las malas condiciones de trabajo y la alta incidencia de accidentes laborales. Véase Alberto Flores Galindo, *Los mineros de Cerro de Pasco, 1900-1930* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 1983).

¹¹ Véanse de Pascale Absi, *Los ministros del Diablo. El trabajo y sus representaciones en las minas de Potosí* (La Paz: Instituto de Investigación para el Desarrollo, Embajada

varios factores que explican este proceso, cuyos antecedentes datan del mundo colonial, en particular con la representación pictográfica del Cerro Rico como la Virgen María. En el siglo XXI, como resultado del incremento de la presencia laboral femenina en las minas, al igual que por un discurso político de subversión y cuestionamiento de la desigualdad, el Cerro Rico ha empezado a tomar un cariz más femenino: ahora las mujeres ingresan al interior de las minas, hacen trabajos de extracción y en sus reuniones conmemorativas presentan al Cerro como una virgen benefactora y generosa.

En su reconstrucción del pasado, las mujeres mineras potosinas muestran al Cerro Rico como una madre que les abre las puertas y las protege, dejando atrás la idea de una Pachamama celosa y violenta. A este desafío se suma el creciente proceso de expansión del evangelismo en Potosí, en el que los pastores evangélicos llaman a enfrentar cualquier atisbo de lo diabólico. Entonces, el Tío es empequeñecido y relegado a un segundo lugar, ya que no puede vencer a Dios. Este discurso teológico-evangélico empieza a tomar forma entre las mujeres mineras potosinas, quienes se convierten al evangelismo. Por ejemplo, Lucía Armijo Gutiérrez se unió a una iglesia cristiana evangélica hace cuatro años; a partir de esa conversión, cuestiona el alcoholismo, la renuncia de los varones a su paternidad y los supuestos poderes del Tío de la mina.

Algunos de los testimonios de vida de las mujeres mineras sirven para ilustrar cómo se expresa este repertorio. Ambrocía Aguilar Flores se precia de haber creado su propia forma de trabajo, un ejemplo de laboriosidad y autonomía. Ella considera que gracias a su empeño ha podido fijar sus propios horarios de trabajo y determinar los precios de los minerales que vende a los camiones de carga. Este discurso de la laboriosidad es compartido por otras mineras, quienes de esa forma construyen un *ethos* que las define como mujeres mineras trabajadoras, el cual además se instala en el tiempo.

Alicia Condori Fuertes mantiene una fuerte conexión con las tradiciones de Santa Lucía, su lugar de origen, donde actualmente ocupa el cargo de alcaldesa originaria. Sus responsabilidades consisten en promover actividades en beneficio de su comunidad, como organizar festivales comunitarios, celebrar asambleas para escuchar a la población y coordinar reuniones para el acceso a agua y la asignación de terrenos. Ella también dedica algunos días del mes al cuidado de las tierras de su padre, donde siembra y cosecha haba, papa y choclo. Este vínculo con la tierra es esencial,

de Francia en Bolivia, Instituto Francés de Estudios Andinos y Fundación PIEB, 2005); y "Lifting the Layers of the Mountain's Petticoats: Mining and Gender in Potosí's Pachamama", en *Mining Women: Gender and the Development of a Global Industry, 1670 to 2005*, eds. Jacklyn J. Gier y Laurie Mercier (New York: Palgrave Macmillan, 2006), 58-70.

ya que recientemente construyó una vivienda donde puede reposar durante sus visitas. El cargo de autoridad es de suma importancia en las comunidades originarias bolivianas, y Alicia tomó las riendas de la suya como alcaldesa.



Altar de autoridad. Fotografía tomada por la autora (16/2/2023).

Este altar de Alicia es una “mesa de autoridad”. Por tradición, se colocan guirnaldas (flores de plástico y papel), que son símbolos de poder local y de legitimidad social. Las flores se entregan a las autoridades originarias cada 6 de enero (Día de los Reyes Magos). En esta mesa aparecen también un cetro, un chicote, azufre, vino y alcohol. El vino y el alcohol sirven como tributo a la Pachamama en un ritual que se conoce como *ch’alla* (“hacer el pago a la Tierra”).

El 6 de enero de 2023, Alicia recibió las guirnaldas como manifestación del respaldo popular a su cargo, al igual que el cetro y el chicote, representativos de la justicia originaria. Ella realizó un ritual con incienso y vino. Todos estos objetos están en su “mesa de autoridad”, para que acompañen su gestión como alcaldesa originaria. Desarrollar este vínculo con su comunidad ha sido para ella un verdadero reto porque, tradicionalmente, estos cargos son asumidos por parejas casadas. Sin embargo, ella lo lleva de forma individual, situación que fue cuestionada por los miembros más conservadores de su comunidad.

Ambrocía Aguilar Flores (doña Rosa) asumió la responsabilidad de ser autoridad originaria el año 2021. Lo hizo pese a ser mujer y a no tener pareja, lo que en diversos momentos de su gestión le fue enrostrado por miembros conservadores, quienes cuestionaron su legitimidad e idoneidad. Las autoridades originarias tienen un gobierno anual que se inicia al comienzo del año, una costumbre de origen colonial, cuando los alcaldes asumían sus funciones el 1 de enero. Esta práctica fue seguida por los alcaldes de los cabildos de españoles e indígenas, en la Colonia, y continuada por las autoridades originarias en el periodo nacional. Rosa asiste a las fiestas tradicionales de su comunidad y apoya a las autoridades originarias. Ella

también siembra y cultiva haba, papa y maíz en su parcela, cuyos derechos no se han perdido a pesar de haberse relocalizado en Potosí. El pasado campesino, en su sentido político (la organización y la representación comunitaria), así como en la producción agraria, está muy estrechamente ligado a su vida. Aunque ella es una trabajadora minera, sus vínculos con el campo siguen intactos.

Lucía Armijo Gutiérrez tiene igualmente un fuerte lazo con la agricultura. Cada año siembra y cosecha papa, y sigue practicando el pastoreo que aprendió de su abuela. Ella es desde siempre una pastora y hoy también es una minera. Ha criado chanchos, conejos, ovejas y chivos en los años vividos en el Cerro Rico. Un chivo en particular, llamado Chivato, fue muy especial para ella, ya que lo crió durante siete años; le gustaba pasear con él y llevarlo a pastar en los alrededores del Cerro. Lucía tiene en la actualidad otros animales: seis perros, dos chanchos y dos ovejas; disfruta mucho alimentándolos y cuidándolos. A diferencia de Rosa y de Alicia, Lucía tiene una vinculación más cercana con la crianza de animales.

Uno de los anhelos de Lucía es dejar el Cerro Rico y regresar a Jesús Valle. Está ahorrando para poder construir una casa y formar su propio hato de ganado, para cuidarlo tal como lo hacía cuando era niña. Estos deseos están profundamente vinculados a la infancia que pasó en esa comunidad. Mientras habla de sus sueños, sostiene la fotografía de su padre en una mano y la de su madre en la otra; ambas están enmarcadas. La fotografía de su padre es especial: tiene un marco en forma de corazón, con decoración de puntos que forman flores, que fue elaborado en la escuela por su hijo menor, José, con lata plateada brillante; en esa imagen, tomada en Jesús Valle, en el exterior de su casa de adobe, puede verse el suelo de tierra y a su padre luciendo un pantalón rojo, un saco rosado, una chompa beige y un sombrero café. La fotografía de su madre, en cambio, tiene un sencillo marco marrón. Ambas fotografías evocan recuerdos de su familia y la conectan con Jesús Valle, su pueblo natal. Lucía también tiene otras fotografías, incluidas las de sus hijos y las de ella, todas tomadas en el Cerro Rico. Muchos fotógrafos extranjeros, a quienes ella se refiere como *gringuitos*, le han hecho tomas fotográficas y le han dejado las impresiones de esas imágenes como forma de agradecimiento. Lucía guarda esas memorias con cariño. Las imágenes son parte de su conexión con Jesús Valle, así como con su espacio de trabajo minero y sus vivencias en el Cerro Rico.

Silvia Mamami Armijo (hija de Lucía), que nació en Potosí, no ha tenido un vínculo directo con el área rural. Sin embargo, debido a la conexión de su madre con Jesús Valle, heredó el gusto por la crianza de animales y el pastoreo. En la actualidad, Silvia tiene dos chanchos y se ha acostumbrado a cuidarlos. Estos nexos ilustran claramente cómo las mujeres mineras no se desvinculan de sus memorias ni de las prácticas de sus comunidades, sino que

tratan de mantenerlas vivas. En varias oportunidades, ellas ajustan sus horarios para poder visitar Jesús Valle. Pascale Absi menciona el mismo patrón en los trabajadores varones que son migrantes rurales. No es casualidad que el trabajo arduo en el Cerro Rico se realice de lunes a jueves, mientras que los sábados y los domingos son los días en los que muchos trabajadores, así como trabajadoras, visitan sus comunidades.¹² Como migrantes rurales, estos trabajadores mantienen una doble relación con sus comunidades de origen y el espacio minero.

Esta vinculación entre el campo y la vida minera puede ilustrarse con la metáfora del *q'epi*. El *q'epi* es una palabra quechua que se refiere al atado que se colocan en la espalda sobre todo las mujeres y que sirve para transportar a sus *wawas* o sus cosas más importantes, como materiales de trabajo, comida y ropa, entre otros bienes.¹³ Este artículo es bastante usual entre las mujeres andinas y, en el caso de Bolivia, es muy utilizado en la zona occidental del país, la región del macizo andino. El *q'epi* es parte de un atuendo usado por los aymaras (departamento de La Paz) y los quechuas (departamentos de Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y Potosí). Funciona como una especie de “mochila” formada con el aguayo, un tejido hecho a mano y con bellas decoraciones. Esta prenda es de diferentes colores (usualmente intensos) y tiene motivos variados que informan sobre su origen: por ejemplo, un tejido norpotosino difiere en motivos y colores de uno del sur de Potosí. Estos tejidos tienen una conexión con la historia ancestral de cada lugar donde han sido creados; son una metáfora que vincula la cultura con la memoria. Cada mujer minera lleva consigo su *q'epi* de recuerdos y de interpretaciones del pasado, un pasado que está asociado con la experiencia rural.

¹² Absi, *Los ministros del Diablo...*, 24–50.

¹³ Lara define la palabra *q'epi* como “atado, bulto que se lleva en la espalda”. Respecto al verbo *q'epiy*, este significa “cargar, llevar un bulto en la espalda”. Véase Jesús Lara, *Diccionario Qheshwa-Castellano, Castellano-Qheshwa* (La Paz: Los Amigos del Libro, 1997), 194.

Mapa 1: Localización de los lugares de origen de las mujeres mineras declarantes (provincia Tomás Frías, Potosí)



Elaboración por María René Soria Rentería (2023) a partir de datos basados en el trabajo de campo de la autora.

Alicia Condori Fuertes procede de la localidad Santa Lucía (municipio Yocalla). Ambrocía Aguilar Flores (Rosa) es de Samasa Baja (municipio Potosí). Lucía Armijo Gutiérrez llegó desde Jesús Valle (municipio Potosí) y su hija Silvia Mamani Armijo nació en la ciudad de Potosí. Todos estos lugares pertenecen a la provincia Tomás Frías de Potosí, un departamento también comercial y agrícola. Las estadísticas muestran la importancia de la actividad agrícola; de hecho, un alto porcentaje de la población potosina en edad de trabajar vive en el campo.¹⁴ Los censos de 1976, 1992, 2001 y 2012 confirman esta prevalencia rural en todo el departamento.

Las historias de vida y las etnografías de lo particular nos obligan a ver la cultura como parte integrante de las personas que la crean, las experimentan y, a menudo, las desafían. Hay una relación estrecha entre individuos, cultura y experiencia de vida. Los relatos de las mujeres mineras declarantes nos ayudan a entender cómo la cultura y los procesos históricos influyeron en sus vidas.¹⁵ Ninguna de ellas ha perdido contacto con su lugar de origen; al contrario, todas continúan visitando sus pueblos durante los tiempos de siembra y cosecha. Estas experiencias pueden ser diferentes en el caso de las

¹⁴ Instituto Nacional de Estadística, *Censo Nacional de Población y Vivienda 2012* (La Paz: INE, 2012), 61, cuadro 27.

¹⁵ Blanca Muratorio, "Historia de vida de una mujer amazónica: intersección de autobiografía, etnografía e historia", *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 23 (2005): 129-143.

generaciones más jóvenes, para las cuales la conexión no es tan fuerte. Por ejemplo, los hijos de Rosa no tienen un vínculo directo con la Montaña Roja; el único lazo que los une es el trabajo de su madre (el hijo mayor trabaja en una institución pública y el hijo menor estudia en la universidad). En el caso de Alicia, sus hijos estudian y colaboran en las cargas de mineral, cuando es necesario. En cambio, los hijos y las hijas de Lucía sí trabajan en la Montaña Roja, y las hijas de Silvia, que aún son pequeñas, viven con su familia en el Cerro Rico.

Un elemento central de la memoria minera es el proceso de feminización del Cerro Rico. Su imagen como una mujer está presente en muchos aspectos. Numerosas bocaminas llevan nombres femeninos, como Encarnación, La Monja I, Candelaria o Magdalena, denominaciones que han ido extendiéndose en el tiempo. En la capilla del Sector Roberto, se encuentra la Virgen María, que luce un traje pomposo de color celeste, adornado con cintas, serpentinas, joyas, mixturas y hojas de coca. Una de las festividades más grandes en el Cerro Rico es la entrada del Tata K'ajcha, celebración anual que se realiza durante la temporada de Carnaval. Todas las cooperativas mineras participan en esta entrada, cada una con su propio Tata K'ajchita y una virgen que acompaña a los trabajadores. Las mujeres mineras celebran igualmente el Jueves de Comadres (generalmente en febrero, previo al Carnaval), cuando intercambian experiencias y deseos; en grupo se sienten más seguras y cercanas. Una de ellas, por ejemplo, compartió: “La Virgencita es muy milagrosa. Le pedí el deseo de trabajar con mi amiga en este lugar, y mi deseo se cumplió. Antes no podía quedarme en una sola mina, ahora ya llevo ocho meses aquí, con mi amiga”.¹⁶

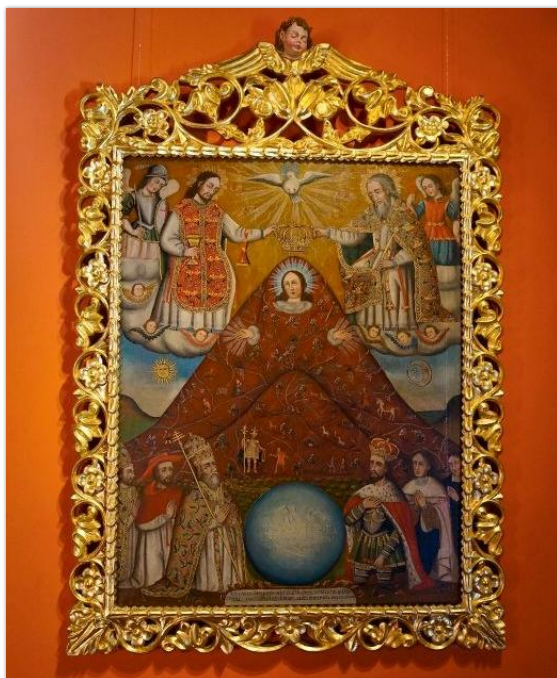
¹⁶ Entrevista a Ruby, llampira, Potosí, 16/2/2023.



Virgen de la Concebida, fotografía tomada por la autora (16/2/2023).

Estas conmemoraciones sirven para afianzar la memoria histórica sobre la progresiva feminización del Cerro Rico. Los festivales (sean religiosos o seculares) son vías que permiten la interpretación del pasado a partir de la propia experiencia de las comunidades. Las mujeres mineras evocan a la Virgen María y construyen historias en las que ella intercede por su bienestar. Esta memoria sobre la Virgen se entronca con la visión colonial representada en el famoso cuadro de la Virgen del Cerro, el cual se conserva en el Museo de la Casa Nacional de Moneda de Potosí.¹⁷

¹⁷ Véase información sintética sobre el lienzo y su datación, recuperación e importancia en el arte colonial latinoamericano en Luz Helena Caballero, "La virgen del cerro. Paisaje e imagen sagrada", *Revista Clío*, 7 (2020), <https://historiadelar.te.uniandes.edu.co/clio/septima-edicion/la-virgen-del-cerro-paisaje-e-imagen>



Pintura anónima conocida como “Virgen del Cerro” (c. 1720), Museo de la Casa Nacional de Moneda de Potosí.

Este lienzo, de autor anónimo y datado hacia 1720, presenta el Cerro Rico como la Virgen María. Es visto como un ejemplo de marianismo colonial, arte colonial mestizo (con influencia indígena) y sincretismo religioso; también como un mensaje de teología política colonial que enfatiza la importancia del catolicismo (y de la Monarquía católica), simbolizado en la magnificencia de la Montaña Roja.¹⁸ Dietmar Mussig, teólogo alemán, considera que la Virgen del Cerro es una expresión teológica popular andina, la cual muestra la activa participación indígena en la construcción de los discursos religiosos y en la gestación de un catolicismo andino.¹⁹ A diferencia de la visión más arraigada del arte y de la religión como espacios de imposición colonial, la nueva historiografía en materia de arte y teología presta atención a las formas indígenas de apropiación y resignificación.²⁰ De la misma forma, la Virgen

¹⁸ Andrés Eichmann, “La Virgen-Cerro de Potosí: ¿Arte mestizo o expresión emblemática?”, *Revista de Historia de América y Argentina*, 42 (2007): 33-53, https://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/8148/02-eichmann-rhaya-v42-43.pdf

¹⁹ Dietmar Müssig, *La Virgen del Cerro. El cuadro colonial de Potosí como expresión de teología andina* (La Paz: Plural editores y Universidad Católica Boliviana, 2020).

²⁰ Susan V. Webster, *Artistas letrados y las lenguas del imperio. Pintores y la profesión en el Quito colonial* (Quito: FLACSO-Ecuador, 2021).

María que acompaña a las mujeres mineras en las fiestas del Jueves de Comadres es un ser generoso, sobrenatural y protector; es una guía para su trabajo en las minas, lo que desafía el discurso de la hipermasculinización minera.

Alicia y Rosa dedican un tiempo antes y durante su jornada de trabajo para *pijchar* coca, como una forma de conexión con la Montaña Roja. Comparten en esos momentos sus experiencias y emociones. En la mina La Monja I están el Tío (que encarna al Diablo) y la Virgen de Copacabana. Esta es otra Virgen con una larga presencia en la historia colonial andina. Cada año, en mayo, aquellos involucrados en la extracción minera ofrendan una *k'oa*²¹ a la Pachamama; en ocasiones también sacrifican una llama. La Virgen de Copacabana actúa como una madre generosa que enfrenta el carácter maligno del Tío, asociado con la prepotencia, la violencia y el alcoholismo.

Todos los aspectos relacionados con la construcción de la memoria histórica de las mujeres mineras están estrechamente vinculados con su conexión al mundo tanto minero como rural, del que aún forman parte. En este sentido, el antropólogo cultural Keith Basso destaca la importancia del lugar o espacio en nuestras memorias del pasado. Él sostiene que “construir memorias” es una estrategia universal de la imaginación histórica, mediante la cual las memorias verbales y visuales del lugar se convierten en una forma de construir el pasado, las tradiciones y las identidades personales y sociales.²² En esta línea, podemos afirmar que la memoria de las mujeres mineras se basa en una memoria ancestral intergeneracional de origen rural, vinculada a un *ethos* minero que a su vez contribuye a su propia identidad individual y colectiva.

Trabajo minero

En 1872, en el asiento minero de Pulacayo (provincia Antonio Quijarro, departamento de Potosí), el 43% de trabajadores eran mujeres palliris.²³ Esta importancia de las mujeres en el trabajo minero también era visible en el siglo XX, como lo ilustra el testimonio de Domitila Barrios Cuenca de Chungara. En la década de 1960, en particular durante el mandato del general René

²¹ La *k'oa* es una hierba sagrada que se usa en las ofrendas a la Pachamama, muy común en el mundo minero. Se la quema acompañada de figuras de azúcar, papeles, lanas de colores y otros elementos, en mesas o rituales para pedir protección, abundancia y bienestar.

²² Véase Muratorio, “Historia de vida de una mujer amazónica...”.

²³ Ingrid Tapia, Oliver Barras y Juan Carlos Oporto, *La herencia de la mina. Representaciones sobre la contaminación minera en Potosí* (Potosí: Embajada Real de Dinamarca, 2010).

Barrientos, se produjeron varias masacres contra los trabajadores mineros. Esta situación represiva causó la aparición de numerosas viudas, no ya por los habituales accidentes laborales, sino por la militarización de la política y el uso de medios represivos violentos. Domitila Barrios relata cómo se organizaron en el Campamento Siglo XX-Catavi para enfrentar esta difícil coyuntura. Las mujeres confeccionaron una lista de trabajadoras para que pudieran trabajar como palliris, una actividad arraigada en el mundo minero.²⁴ La propia Domitila relata cómo algunas de las viudas rechazaban este trabajo por su dureza, en tanto que otras lo tomaban, constituyendo así un vigoroso proletariado.²⁵ Estas palliris estuvieron orgullosas de su condición y de sus ingresos, un aspecto central en su identidad y en su memoria, como se ha discutido en el apartado anterior.

El trabajo de las mujeres mineras ha sido registrado en diversos documentos, no solo coloniales, sino de los siglos XIX y XX. El trabajo femenino minero ha estado vinculado al asociacionismo y a la defensa de derechos. En 1985, por ejemplo, se constituyó un Centro de Palliris en el Cerro Rico, una especie de asociación de ayuda mutua y de representación sindical.²⁶ Tres años más tarde se fundó la Asociación de Mujeres Trabajadoras, Palliris y Guardas del Cerro Rico de Potosí.²⁷ Aunque esta organización buscaba representar al

²⁴ “Por ese tiempo [hacia 1965] había muchas mujeres desocupadas, especialmente viudas de los trabajadores que habían muerto en la mina o en las masacres. La desocupación era tan terrible, que a diario estaban mujeres visitando el sindicato, la gerencia, en busca de trabajo [...]. Entonces se me ocurrió organizarlas en un Comité de Desocupadas, algo así. Y empezamos a hacer un censo. Y pudimos comprobar, por ejemplo, que había familias que no eran muy numerosas y donde trabajaban marido y mujer. Y había viudas con seis o siete hijos que no tenían ningún ingreso económico”. Domitila hace una larga explicación de la experiencia de “las palliris del desmonte”. Véase Moema Viezzer, “*Si me permiten hablar...*”.

Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia (La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2018).

²⁵ “Yo las hice llamar a todititas. Todo les expliqué. Y entonces muchas, especialmente las viudas, dijeron: —¡Ay! En el desmonte no. No y no no. Nosotras no queremos. Nosotros no somos palliris. Palliris son esos, pues: los que recogen mineral. Las chicas con quienes habíamos empezado a buscar trabajo se quedaron. Ninguna abandonó el grupo. Y se pusieron a trabajar. Cada día venían molidas, deshechas las manos. Deshechas porque todito lo tenían que hacer a mano: recolectar el mineral, escogerlo, ponerlo en las bolsas. Todo, todo a mano. Les sangraban las manos. Así trabajaron durante un mes y les pagaron 400 pesos de salario a cada una. ¡Uy! ¡Fue la gloria para ellas! Había que ver cómo de felices estaban todas”. Véase Viezzer, “*Si me permiten hablar...*”.

²⁶ Tapia, Barras y Oporto, *La herencia de la mina...*

²⁷ Sus actividades han continuado y se han orientado también a la concientización y la divulgación sobre la situación de este colectivo. En diciembre de 2019, esta asociación, en colaboración con la organización Mujeres y Solidaridad (MUSOL) y la Gobernación de Potosí, realizó una exposición titulada “Palliris, genuina

mayor número de mujeres trabajadoras, fueron las palliris las más activas y visibles; en parte por sus ingresos, pero también por la relativa autonomía que las distinguía de otras trabajadoras, entre ellas las serenas.²⁸ En el 2010, una de las serenas, Lucía, consideraba que su trabajo era muy duro e insalubre y que había mermado sustancialmente su salud. Otra serena, Dominga, reiteraba ese argumento y detallaba los medios curativos alternativos que utilizaba.²⁹ Muchas de las serenas esperaban que sus hijos pudieran dedicarse a otras actividades mejor remuneradas para poder escapar de sus duras condiciones laborales.³⁰ Aunque reconocían que realizaban un trabajo minero esencial, consideraban que los magros salarios y los efectos en su salud eran un precio muy alto por pagar.

Tanto en la perspectiva académica como en la visión popular, se consideró por mucho tiempo que las mujeres mineras no realizaban labores propiamente extractivas, sino que su rol era auxiliar al de los trabajadores varones, una forma de subordinación frente a ellos y a la división del trabajo, en la cual desempeñaban “trabajos menores”. Sin embargo, el examen de su historicidad, los testimonios de las propias mujeres y las condiciones de sus trabajos permiten reconocer tanto su condición de trabajadoras de las minas como su relevancia en el mundo minero potosino. A ello se suma la

representación de la mujer trabajadora minera”, en la sede del Gobierno Autónomo Departamental de Potosí. Véase la nota en el diario *El Potosí*, Potosí, 5/12/2019.

²⁸ En una investigación sobre el estado de la salud de las mujeres mineras de Pailaviri (publicada en 2010), los autores concluyen que las palliris suelen ser mujeres con mayor autonomía económica y relativamente mayores en términos de edad, al menos en ese sector del Cerro Rico. También se afirma que el número de mujeres mineras ha aumentado considerablemente por el crecimiento del grupo de las serenas (llamadas “guardas” en el texto), quienes en general son más jóvenes que las palliris. Los autores señalan, además, que las palliris suelen ser viudas de mineros, superan los 50 años de edad (en promedio) y trabajan a partir de las ocho de la mañana. Este informe distinguía tres tipos de trabajadoras mineras: guardas, palliris y rescatadoras. Estas últimas eran definidas como las intermediarias entre las serenas, las palliris y los comercializadores. Véase Tapia, Barras y Oporto, *La herencia de la mina...*

²⁹ Lucía decía: “En la casa nomás nos cuidamos, aunque estoy mal de mis pulmones y de mi vesícula, pero no me he hecho chequear, porque a veces no tengo plata ni para comer, por eso no voy donde el doctor, así nomás estoy con yerbas nomás”. El testimonio de Dominga iba en la misma línea: “No sé ir siempre al doctor, ahora siempre he ido a hacerme ver porque todo yo he probado y nada ha funcionado, no sé qué me ha pasado, con plantas y orín nomás casi siempre me curo, el curandero también me ha hecho tratamiento, pero creo que me ha engañado, porque sigo mal, por eso me he hecho mirar con el doctor, porque yo no podía caminar ni orinar”. Véase Tapia, Barras y Oporto, *La herencia de la mina...*

³⁰ Tapia, Barras y Oporto, *La herencia de la mina...*

maternidad, una situación que duplica su trabajo e implica una segunda jornada doméstica.

Las trabajadoras mineras ingresaron al mundo minero a partir de sus vinculaciones con parientes y amigos. La relación entre lo agrario y lo minero es profunda. La experiencia de Alicia Condori Fuertes es ilustrativa. Santa Lucía, de donde ella es originaria, cuenta con una instalación de la COMIBOL, ubicada en La Palca. Esa proximidad ha facilitado que numerosas generaciones de lugareños fueran a trabajar a ese centro minero. El padre de Alicia, su esposo y su suegro han sido mineros. Es el mismo caso que el de Silvia Mamani Armijo, cuyos padres y hermanos han sido (y son) trabajadores de la mina; toda su familia paterna continúa vinculada con Jesús Valle.

La dinámica de la extracción minera responde a patrones culturales de los trabajadores. Las jornadas productivas van en general de martes a viernes. De sábado a lunes son los días no solamente de menor producción, sino los que utilizan los trabajadores (y las trabajadoras) para ir a sus comunidades. Las cooperativas han terminado por hacer suya esta distribución del tiempo y del trabajo, concepción que permite apreciar cómo se definen la jornada de trabajo y el poder de agencia de los mineros en su configuración. Tal división del tiempo también ha sido utilizada por las mujeres mineras, ya que ellas tienen una estrecha relación con el campo. Sin embargo, es importante conocer sus jornadas, que se diferencian según el tipo de trabajo que prestan y en las que no existen horarios fijos.

Las llampiras usualmente trabajan de acuerdo con el ritmo de salida de la carga de las minas. Ellas se adaptan a esas salidas para seleccionar la piedra del mineral y así lograr una carga más pura, la cual permite mejores precios. Ambrocía Aguilar Flores (doña Rosa), en el Sector Roberto, trabaja de martes a viernes, desde las seis o siete de la mañana hasta las tres o cuatro de la tarde. En cambio, las palliris tienen un trabajo más autónomo. Al seleccionar mineral de desmonte, ellas fijan sus tiempos para pallar. Alicia y Rosa van diferentes días (muchas veces el sábado) y pallan durante seis horas. Después de varios años de contribuciones y trabajo arduo, Alicia logró ser socia de la cooperativa COMPOTOSÍ; ahora recibe beneficios como socia y se enorgullece de ser una mujer minera. Alicia, a diferencia de muchas socias, trabaja regularmente pallando y haciendo *picha*.

Respecto al trabajo de las serenas, ellas deben estar pendientes del estado de las bocaminas las 24 horas del día. Lucía Armijo Gutiérrez y Silvia Mamani Armijo también tienen que cuidar las casillas, lugar donde los trabajadores dejan sus pertenencias para ingresar a los yacimientos subterráneos. Lucía vive con sus cuatro hijos varones, algunos de los cuales la acompañan en sus jornadas. Ella controla el movimiento de los trabajadores que ingresan y

salen de la bocamina La Monja I, actividad que puede tomar varios días. Lucía hace *picha* a fin de juntar mineral para su venta, lo que representa un ingreso extra, aunque no es un quehacer continuo.

Silvia realiza el trabajo de serena acompañada de su esposo y de sus tres hijas pequeñas. Ella asegura que así es mucho más cómodo, ya que su esposo trabaja como perforista. Durante las noches siempre está atenta a los ladridos de sus perros, por si algún extraño se aproxima. Silvia también realiza *picha* para juntar y vender mineral; en las bocaminas donde trabaja se reúne principalmente zinc. Ella diariamente está atenta a la entrada y a la salida tanto de los trabajadores como de los extraños que se acercan a la bocamina que está bajo su resguardo. Si bien en estas actividades hay una visible participación familiar, los acuerdos económicos se realizan con las mujeres. El trabajo de serenitas es prácticamente de todos los días. Si ocurre algún imprevisto, dejan el lugar encargado a algún familiar. Cuando Silvia era niña y adolescente, muchas veces realizaba esos cuidados o suplencias acompañada de sus hermanos y hermanas.

En el caso de Alicia, esto es crucial para su identidad como mujer minera; su contacto directo con la Montaña Roja es especial porque la involucra como una “verdadera mujer minera”. La construcción de su memoria y de su identidad se forma en torno al trabajo que realiza como socia cooperativista. El nexo que tiene esa construcción de identidad se refleja en la participación durante actos particulares; por ejemplo, en los desfiles que realizan como cooperativa. Uno de los más recientes se remonta al 13 de julio de 2023, cuando la cooperativa COMPOTOSÍ estaba en su septuagésimo séptimo aniversario. Cientos de mineros y mineras de los diferentes socavones se dieron cita para desfilan en honor a su cooperativa. Alicia participó con su mejor atuendo; untó sus labios con bálsamo y portó su objeto estrella: su casco³¹ de minera de su cooperativa. El casco de minera, objeto que usualmente se usa en el trabajo, está arraigado al sentido de identidad y de pertenencia al mundo minero; es una conexión con la identidad y el territorio del Cerro Rico. Mediante esta conexión se han construido la historia minera, las tradiciones y las identidades, desde lo individual hasta lo colectivo. En este último desfile se podía percibir esa identidad colectiva del mundo minero.

Todas las trabajadoras mineras entrevistadas sobre sus dinámicas vitales han ejercido la maternidad como un rol intrínseco por su condición de mujeres. En los cuatro casos se advierte la conexión del trabajo con la atención y el cuidado del hogar. Para ellas, la maternidad representa un rol central en sus vidas. Alicia ha criado a sus tres hijos de manera monoparental. Quedó viuda a los 34 años y ejerció sola el cuidado de la casa y la labor de crianza. Después

³¹ Guardatojo en el lenguaje coloquial minero.

de la muerte de su marido, a causa del mal de mina, empezó a recibir una renta mensual, dinero que la ayudó a criar a sus hijos. Su trabajo tenía que ver inicialmente con el cuidado del ingenio de COMPOTOSÍ. Limpiaba las oficinas, hacía *picha*, vendía comida, ordenaba su casa y cuidaba y atendía las necesidades de sus tres hijos. Cuenta Alicia que eran tantas las cosas por atender que “hay veces que me he descuidado de mis hijitos porque no podía con todo”. Relata que en una ocasión se enteró que su hijo mayor, durante dos meses, no había asistido a la escuela, sino al *tilín*.³² Ella sentía que le sobrepasaban las responsabilidades, porque, además, estaba pasando un duelo, al igual que sus progenitores. Actualmente su hijo mayor está tramitando su título profesional en Ingeniería en Sistemas; sus hijos menores continúan estudiando. Hasta ahora ella mantiene la casa donde viven todos.

Por su parte, Rosa se separó de su marido a las tres semanas del nacimiento de su segundo hijo; su hijo mayor tenía once años. Desde entonces, su expareja no se responsabilizó de ninguna forma por sus hijos; él formó otra familia y prácticamente ya no mantuvo mucho contacto con Rosa. Ella trabajaba como comerciante informal y después como llampira. Dejaba comida cocinada desde temprano para que su hijo mayor almorzara, quien se quedaba al cuidado de la hermana mayor de Rosa para que, entre otras cosas, esta lo llevara y lo recogiera de la escuela. En cambio, a su hijo pequeño lo llevaba consigo hasta el Cerro Rico, porque implicaba mayor responsabilidad y cuidado. Cristian, su hijo pequeño, estudiaba en la escuela del Sector Roberto, donde ella trabajaba. Al llegar a casa, hasta ahora, Rosa usualmente prepara la comida, limpia y también teje; sus días son muy ocupados. Desde que trabaja como minera, llega muy agotada a su hogar.

Lucía también tuvo que solventar a su familia. Sus hijas, siendo muy pequeñas, ya cuidaban de sus hermanos, mientras ella trabajaba. Lucía y sus dos hijas, las mujeres de la casa, se responsabilizaban de la crianza, la comida y la limpieza de su hogar. Muchas veces pasaron carencias, las cuales superaron pacientemente. Ahora su hija Silvia tiene tres hijas mujeres (de diez, siete y cinco años), de las que es responsable de su crianza; de lunes a viernes les sirve el desayuno y las lleva a la escuela. Silvia cocina para su esposo antes de su ingreso a la mina y todos los días está al cuidado de la casa; también cuida los animales que tiene. Cada dos semanas, en compañía de su esposo, lava la ropa que se acumuló durante ese tiempo; lo hace en un *ojo de agua* (manantial) donde llega caminando aproximadamente en media hora.

Con estas experiencias podemos ver que las mujeres mineras cumplen con al menos tres jornadas de trabajo: la del trabajo minero en sí, del cual proceden

³² Lugares públicos que ofrecen videojuegos, juegos de consola, *pinballs* e incluso fútbolines, prohibidos para menores de edad.

sus ingresos; la de la crianza y la educación de sus hijos (en general, ellas tienen varias *wawas*); y la que incluye, entre otras tareas, la limpieza de la casa, las compras y la preparación de alimentos. Cumplen todas esas responsabilidades porque, en la cultura minera masculina, el trabajo doméstico está asociado a las mujeres. Fernanda Wanderley, desde una perspectiva sociológica, ha propuesto repensar el trabajo mediante el estudio de las fronteras conceptuales de lo que se conoce como ‘trabajo’ y ‘no trabajo’. En su visión, el trabajo es todo esfuerzo humano que le añade valor a los bienes y a los servicios.³³ Este esfuerzo va más allá de una recompensa económica o remuneración (‘salario’, en la definición tradicional). De esta forma, el trabajo de las mujeres mineras no se concentra solamente en la labor extractiva y de distribución de los minerales, sino en su responsabilidad doméstica.

A partir de esa concepción, se aprecia la relevancia del género en el mundo laboral minero. Las mujeres son las que asumen de forma directa el cuidado de los hogares y la crianza, un trabajo que no es reconocido ni remunerado. Este aspecto tiene que ver con una concepción social que aún es compartida por las mujeres, aunque en el último tiempo ha sido cuestionada por el discurso feminista y por las propias ideas sobre los derechos que tienen las trabajadoras mineras. Sin embargo, subsiste un imaginario minero que confiere posiciones de privilegio y de derechos a los varones.

En la minería, la figura masculina está ligada al “interior mina”, donde los puestos como perforistas están ocupados mayoritariamente por varones y los cargos ejecutivos de administración siguen siendo liderados por hombres. No obstante, esa concepción empieza a erosionarse cada vez más. En 2018, en un encuentro departamental de cooperativas mineras, realizado en Llallagua (provincia Rafael Bustillo, en el norte de Potosí), participaron numerosas mujeres. Ellas exigieron mejores condiciones de trabajo, mayor seguridad industrial (para así evitar accidentes de trabajo) y el respeto de sus derechos laborales. También demandaron una divulgación de sus derechos sociales mediante programas de concientización.³⁴

³³ Fernanda Wanderley, “¿Qué es trabajo? Las fronteras conceptuales entre trabajo y no trabajo”, en Rossana Barragán, Amaru Villanueva y Cristina Machicado (eds.), *Trabajos y trabajadores en América Latina (siglos XVI-XXI)* (La Paz: Centro de Investigaciones Sociales, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2019), 33-54.

³⁴ Véase la nota detallada del evento en *El Potosí*, Potosí, 10/6/ 2018. Esta señala que participaron “mujeres de pollera” y “de vestido”, una diferenciación social que alude a las mujeres con un pasado rural y a las de origen urbano. Este código de vestimenta ha tenido numerosas implicancias en la vida social de las mujeres potosinas. En la década de 1960, en Potosí, con el incremento de la población femenina en la Universidad Tomás Frías (fundada en 1892), las jóvenes estudiantes,

Este tipo de eventos y de demandas de las mujeres trabajadoras mineras muestra su cada vez mayor implicación en el mundo del trabajo minero, así como su conciencia sobre sus derechos. Gracias a este proceso, el universo de regulaciones normativas del Estado debe ser conocido por las propias trabajadoras y, a la vez, “puesto en práctica” por los operadores del derecho; también es un colofón de la visibilización de este colectivo y de su presencia en la arena política del derecho minero y del trabajo. Si antes el derecho minero y el del trabajo se reducían a un universo masculino de propietarios y trabajadores, en los últimos años comprende la situación de las trabajadoras mineras.³⁵

Género

Los Servicios Sociales de la COMIBOL elaboraron una serie de informes sobre las mujeres mineras en la década de 1970.³⁶ Estos fueron escritos por trabajadoras sociales que describían la situación social en el Cerro Rico y en especial las condiciones de las familias de las mujeres trabajadoras. Se trató de un esfuerzo sistemático por parte de la COMIBOL para mejorar las condiciones laborales y sociales en la Montaña Roja. Dichas fuentes son además un valioso material para describir la ideología dominante sobre las mujeres y sus roles. Influenciadas por las ideas de la domesticidad, las promotoras del hogar, como se llamaban a sí mismas, propusieron reformas en la salud, la higiene, la nutrición, la educación y el mejoramiento de los hogares; en particular, enfatizaron el rol de las mujeres mineras como madres responsables y jefas de hogar.

A pesar de su importante papel en el trabajo minero, las mujeres fueron vistas como secundarias respecto a la labor de los varones, pero ideales para

muchas de ellas con un pasado rural, debían usar el código de vestimenta urbano. Véase una reflexión sobre las cuestiones de etnicidad, relaciones entre hombres y mujeres, y códigos sociales en Marisol de la Cadena, “Las mujeres son más indias: etnicidad y género en una comunidad del Cusco”, *Revista Andina*, 17 (1991): 7-48.

³⁵ Durante la pandemia del COVID-19 (2020-2023), las mujeres mineras fueron visiblemente afectadas en sus ingresos y sus condiciones de vida. Véase “Cuarentena: Se agudiza la crisis por falta de ingresos de más de 11 mil mujeres mineras”, *El Potosí*, Potosí, 21/1/2020). Esta nota también muestra cómo el colectivo de mujeres mineras ya es reconocido en Bolivia como un importante segmento laboral.

³⁶ De estos informes administrativos de la COMIBOL se han conservado los correspondientes a los años de 1975 y 1984. Es probable que el trabajo de las promotoras de hogar haya cesado abruptamente tras la promulgación del Decreto Supremo 21060 (29/8/1985). Este fue dictado durante los primeros años del último mandato de Víctor Paz Estenssoro (r. 1985-1989) y dio inicio al proceso de cierre de minas y relocalización de mineros.

promover cambios en las condiciones de convivencia en el campamento. Esta visión se alimentaba de la división de roles entre hombres y mujeres, que era corriente en la Bolivia de la década de 1970. A pesar de los importantes cambios ocurridos entre las décadas de 1930 y 1950, con la emergencia de las clases medias, las medidas transformadoras de Víctor Paz Estenssoro y una población femenina que reclamaba sus derechos, las perspectivas de la domesticidad seguían muy arraigadas.³⁷

En agosto de 1978, Blanca V. Ruíz escribió un informe sobre el programa de promoción de la salud en el campamento de Pailaviri. En ese programa se formuló un conjunto de charlas dirigidas a las mujeres sobre saneamiento e higiene.³⁸ Una de las principales preocupaciones de las autoridades de la COMIBOL era la referida a las condiciones de vida en el Cerro Rico. Dado que los varones se encontraban trabajando dentro de las minas, el programa planteó que las mujeres del campamento se encargaran de aquella otra tarea. En esa perspectiva, se propuso que fueran ellas las que implementaran medidas para el uso del agua, los aseos básicos y las prácticas de higiene en el hogar, en particular con los niños y las niñas. Este enfoque sobre la idoneidad de las mujeres para el trabajo doméstico se repetiría en varios de los informes escritos entre 1978 y 1981. Se hizo así una separación entre los varones, quienes en teoría debían encargarse de la extracción del mineral, y las mujeres, quienes debían cuidar de sus hogares y colaborar en el mejoramiento de higiene en el campamento.

En 1979, Marlene Zilvety, jefa de la oficina de Servicio Social de la COMIBOL en el Cerro Rico, escribió un informe extenso y ambicioso sobre las condiciones sociales reales en el campamento de Pailaviri y en Velarde.³⁹ Se propuso entonces un programa de intervención social, clínica y administrativa, así como un mejor sistema de asistencia médica. El año 1980 fue cuando se establecieron lineamientos más comprensibles que los anteriores de 1978 y 1979. Estos fueron dos proyectos que tenían cuatro objetivos básicos: a) programas de vivienda en los que las “amas de casa” fueran agentes centrales, b) mejoramiento del hogar, c) educación familiar

³⁷ Véase una discusión detallada sobre la domesticidad y los cambios ocurridos entre las décadas de 1920 y 1950 respecto a la mujer en Bolivia en Marcia Stephenson, “Faldas y polleras: los ideólogos de la feminidad y la conquista de nuevos espacios públicos en Bolivia (1920-1950)”, *Chasqui*, 26/1 (1997): 17-33. Por “perspectivas de la domesticidad” hacemos referencia a la idea de que las mujeres debían ocuparse del hogar, la crianza de los hijos y su educación. En esa visión, el espacio natural de las mujeres es el hogar.

³⁸ AHMN-COMIBOL de Potosí, Blanca V. Ruíz, “Programa de Promoción de Salud en el Campamento Pailaviri”, Potosí, agosto de 1978.

³⁹ AHMN-COMIBOL de Potosí, “Informe de actividades de gestión de 1979”, Potosí, abril-mayo de 1979.

mediante cursillos dirigidos a mujeres y d) educación sobre salud, reproducción e higiene, y enseñanza de los derechos y las obligaciones de los miembros de una familia. Estos proyectos también promovían cursillos que incluían temas como el embarazo, el parto y el vínculo entre madres e hijos.⁴⁰ A pesar del interés por tales cambios, la situación no pudo cambiar radicalmente en los siguientes años. En un informe de 2010, en el campamento Pailaviri, Bárbara, una serena, señaló que la contaminación era muy alta y que constituía un peligro para todos en las casas.⁴¹

La declaración del Año Internacional de la Mujer en 1975 alentó un gran interés por las mujeres y por la implementación de cambios para mejorar su situación; empero, las ideas sobre la domesticidad seguían muy presentes. Las notas, los editoriales y las reflexiones del diario *El Siglo*⁴² son ilustrativos de esta perspectiva. En enero de 1976, el semanario inauguró una sección llamada “Página Femenina”, que incluyó información sobre la mujer boliviana y las poetisas, así como consejos para el ama de casa. Algunos de esos consejos trataban de recetas de cocina, aunque también se publicaron notas escritas sobre mujeres que demandaban cambios. La doctora Rosaura de Villarroel indicó entonces que debía crearse un Ministerio de Asuntos Femeninos.⁴³ Muchas de las mujeres que escribieron columnas en ese periódico firmaban con sus apellidos de casadas, omitiendo su propio patronímico. El semanario estuvo de igual modo especialmente preocupado por la situación de la minería, por lo que dedicó varias notas sobre temas como la ventilación minera y las actividades conmemorativas del Día del

⁴⁰ AHMN-COMIBOL de Potosí, “Informe final de 1980. Empresa Minera Unificada, cursillos, conocimientos y capacidades del ama de casa”.

⁴¹ En palabras de Bárbara: “Lo que veo de la contaminación es lo que de la bocamina sale humo hediondo y dice que de eso entra el mal de mina, y nosotros vivimos ahicito, entonces es peligroso, mi hijito se ha enfermado por eso, le da dolor de cabeza, su estómago, su ojo, también le molesta, le da como mareos, así mal está. El doctor le ha dado algo y me ha dicho que era por el humo y que debo irme de aquí, pero yo no puedo irme, sino de qué viviríamos”. Véase Tapia, Barras y Oporto, *La herencia de la mina...*

⁴² El periódico *El Siglo* era un diario leído especialmente por la clase media urbana potosina. Su director, Wilson Mendieta Pacheco (1931-2005), periodista de origen tarijeño, con una larga trayectoria en Potosí, llegó a ser director de la Casa Nacional de Moneda en 1989. *El Siglo* procuró brindar información y análisis sobre los sucesos principales de Potosí. En una primera etapa fue un semanario y en una segunda etapa devino en diario; contó con una columna dedicada a los temas de la mujer, en particular en su primera etapa.

⁴³ La nota lleva por título “Debe crearse un Ministerio de Asuntos Femeninos, afirma la Dra. Rosaura de Villarroel”, *El Siglo*, Potosí, 2/2/1976, 5.

Minero.⁴⁴ Para ese diario era claro que, aunque hubiera mujeres mineras, los verdaderos trabajadores eran los varones.⁴⁵

Tanto los informes de la COMIBOL como el semanario *El Siglo* reflejaban los valores dominantes de la sociedad potosina sobre el papel de la mujer como ama de casa y madre de familia. En todo caso, hay que tener en cuenta que los cambios ocurridos en la sociedad boliviana, con la progresiva inserción de las mujeres en el mercado de trabajo y la aparición de mujeres profesionales, matizaban (y contradecían) el discurso tradicional. Esos hechos también servían como contraejemplos de una narrativa que apelaba a la domesticidad, pero que, en la realidad, era cuestionada por la existencia de muchas mujeres trabajadoras.

La COMIBOL y *El Siglo* expresaron preocupaciones genuinas sobre la situación de las mujeres y de las políticas que pudieran implementarse para construir relaciones equitativas respecto a los varones. La educación era vista como un medio para gestar una generación más educada, la cual pudiera instruir a la siguiente generación, la de los hijos e hijas. Estas afirmaciones reflejaban igualmente los valores de las clases medias letradas, interesadas en la defensa de los derechos y el asociacionismo. Por ejemplo, en 1976 se anunció la existencia de un Centro Jurídico Femenino en la ciudad de Potosí.⁴⁶ El semanario *El Siglo* fue el portavoz de las perspectivas de las mujeres profesionales de clase media urbana. Sin embargo, había una enorme brecha para reflejar y visibilizar el punto de vista de las mujeres mineras del Cerro Rico. Para ellas, ausentes en las discusiones del semanario, se construyó un discurso de la domesticidad, a pesar de que el propio medio ilustraba el mundo de las palliris, como lo muestra una fotografía de la edición del 23 de febrero de 1976.⁴⁷

⁴⁴ Las notas titulan: “Preocupa ventilación minera”, *El Siglo*, Potosí, 15/12/1975, 8, y “Día del Minero”, *El Siglo*, Potosí, 22/12/1975, 1.

⁴⁵ En una convocatoria para una paralización de labores de 24 horas, el semanario consideraba que los participantes serían exclusivamente varones. En su perspectiva, las mujeres mineras eran minoritarias, casi inexistentes, y abocadas principalmente al hogar. Véase la nota “Mineros en paro de 24 horas”, *El Siglo*, Potosí, 26/1/1976. Unas semanas más tarde, el titular de una nota rezaba: “Mineros realizan paro, apoyo a estudiantes”, *El Siglo*, Potosí, 23/2/1976. En 1976 gobernaba el general Hugo Banzer, cuyo régimen supuso un proceso represivo anticomunista, que era parte del Plan Cóndor, formulado en 1975 y que formaba parte de un programa de contingencia para enfrentar la considerada amenaza comunista en América Latina.

⁴⁶ *El Siglo*, Potosí, 23/2/1976, 4. También se menciona en esa edición acerca de la organización de un congreso femenino en Oruro. Véase “Mujeres profesionales organizan congreso en Oruro”, *El Siglo*, Potosí, 23/2/1976, 5.

⁴⁷ *El Siglo*, Potosí 23/2/1976, 4. La fotografía de una palliri que se incluye es un testimonio visual excepcional sobre estas mujeres en la década de 1970.



Mujer palliri en la prensa de 1976. Imagen tomada del periódico *El Siglo*.

Las realidades siempre terminan por desautorizar los discursos. En la actualidad, las mujeres ingresan al interior de las minas. Según Lucía Armijo Gutiérrez, desde hace 20 años que ella entra sin ningún problema; empezó a hacerlo porque su esposo abandonó a su familia y ella tenía bajo su responsabilidad a varios hijos e hijas. Lucía chasqueaba⁴⁸ en el interior mina; sus compañeros no tenían ningún problema con ello. Cuando su hija mayor, Silvia Mamani Armijo, ya era adolescente, también entraba a la mina a chasquear.

De acuerdo con Lucía, no había muchas mujeres en la mina; las que subían eran principalmente vendedoras y, como ella, serenas. A inicios del siglo XXI, ella era la única mujer en La Monja I, bocamina donde actualmente vive. Las mujeres tenían prohibido entrar a las bocaminas; este era un tabú culturalmente aceptado. Se decía que los hombres tenían una relación especial con la Pachamama. Esta narrativa implicaba que la Pachamama se ponía celosa ante la presencia de cualquier mujer y que, por tanto, a ellas les escondía la veta de mineral. Los primeros recuerdos de Ambrocía Aguilar Flores (doña Rosa) sobre su llegada a la mina son que sí había muchas mujeres llampiras, pero no conoció a ninguna que ingresara al interior de la mina. Es distinto el caso de Alicia Condori Fuentes, que sí conoció a mujeres que trabajaban con pala y pico, como doña Emiliana, quien dirigía a muchos trabajadores mineros y la animó a ser socia.

En la actualidad es mucho más común ver a mujeres trabajadoras en el interior de las minas. Son menores en número respecto a sus contrapartes masculinas, pero el mito de los “celos de la Pachamama” es socialmente menos aceptado. Un aspecto importante en esta construcción de los roles de las

⁴⁸ Transportar el mineral desde adentro hacia afuera de la mina, pasándolo de mano en mano o cargándolo.

mujeres mineras es el rol familiar-materno y el anhelo de ascenso social de sus hijos. Este se percibe en sus discursos cuando hablan de su progeñie; ellas desean que sus hijos e hijas terminen una carrera y logren su independencia económica, lo que implicaría tanto mejorar su calidad de vida como una movilidad social ascendente. El ascenso social no supone su renuncia al mundo minero o campesino, sino una reconfiguración de ambos.

Las labores de casa se traducen en una doble jornada laboral, lo que en el pensamiento minero se traduce como algo intrínseco de las mujeres. La concepción del trabajo minero tiene en sí mismo reconfiguraciones constantes, sobre todo por la presencia de las mujeres. Los trabajos que ellas realizan son diversos y se efectúan dentro y fuera de las minas. Ellas tienen un tiempo de inicio y de culminación de sus labores, como también de descanso.

Las mujeres han conseguido en el Cerro Rico cambios en las relaciones de género. Del proceso de supresión (o invisibilidad) y domesticidad ellas han conseguido reorientar algunas actividades. El 13 de julio de 2023 se cumplió el septuagésimo séptimo aniversario de la cooperativa COMPOTOSÍ. La segunda semana de ese mes se hicieron distintas actividades, entre ellas una maratón de trabajadores y un concurso de *callapos*, barreteros y desarmado-armado de máquinas perforadoras. En la primera actividad participaron apenas unas pocas mujeres, diez, frente a un total de casi cien varones; en la segunda actividad los participantes fueron exclusivamente varones. El concurso suponía fuerza y rapidez, virtudes tradicionalmente consideradas “masculinas”. La premiación consistió en víveres y objetos para los hogares. Esa reorientación de la premiación fue una propuesta de las mujeres mineras, ya que antes los premios eran en dinero, que los varones solían emplear en consumo de alcohol. Como señala con elocuencia Alicia Condori Fuentes: “Es mejor que sean premios para sus hogares, antes el dinero se lo gastaban tomando cerveza”. Por último, aún subsiste la exclusión de las mujeres en los puestos directivos e importantes de las cooperativas, donde se ha creado una Secretaría de la Mujer para tratar aspectos como el fortalecimiento de la participación de las mujeres.

A pesar de todos los obstáculos ideológicos y materiales, las mujeres mineras han subvertido de modo progresivo el orden tradicional que las consideraba meras auxiliares de los varones. Gradualmente han empezado a ser vistas como mujeres mineras de todo derecho. No obstante, aún subsisten inequidades salariales y la carga familiar sigue en sus manos, en un sistema de doble jornada. Estas mujeres trabajadoras potosinas destinan así su tiempo a la labor minera y al bienestar de sus familias.

Conclusiones

El periodo que discurre entre 1975 y 2022 muestra las diversas facetas de la historia de las mujeres mineras potosinas. Aunque invisibilizadas por el ideal de masculinidad, el cual presenta a los varones como “trabajadores naturales” de las minas, estas mujeres han estado vinculadas a la industria minera desde el siglo XVI (y muy probablemente desde tiempos prehispánicos). El Cerro Rico fue el gran venero de plata de los tiempos modernos, en cuya explotación participaron tanto hombres como mujeres.

En los siglos XVIII y XIX, los testimonios sobre las mujeres mineras muestran su relevancia en la industria, no solamente en Potosí, sino en diversas partes de Bolivia. La minería se convertiría en el siglo XIX en la principal industria de exportación del país, aunque el estaño sustituiría la relevancia de la plata. En el siglo XX, en particular a partir de 1975, con el énfasis puesto en los derechos de la mujer y en el mejoramiento de sus condiciones, estas trabajadoras han sido visibilizadas. Gracias a su tenaz lucha, ellas han construido un discurso identitario y un sentido de comunidad. También en el siglo XX emergió un discurso sobre derechos sociales y laborales, que fue apropiado por las trabajadoras. La sindicalización y el asociacionismo aparecieron entonces como formas de construir una comunidad minera.

En el Cerro Rico existen diversos tipos de trabajadoras. Esta investigación se ha concentrado en tres de esas categorías: palliris, llampiras y serenas.

Entre 1975 y 2022, las mujeres trabajadoras mineras fueron objeto de discusión y de regulación pública. Los Servicios Sociales de la COMIBOL y el medio impreso *El Siglo* (primero semanario y luego diario) reprodujeron los ideales de la domesticidad, según los cuales las mujeres debían hacerse cargo de los hogares y dedicar sus esfuerzos a sus propias familias. Esas propuestas, elaboradas por profesionales de la clase media urbana, contrastaban con la propia experiencia y los objetivos de las trabajadoras mineras. Muchas de ellas eran viudas o madres solteras que debían sostener sus hogares, para quienes la actividad minera era el principal medio de generación de recursos. Aunque procedían de entornos rurales, han hecho lo posible por mantener esos vínculos; asimismo, se han adaptado a los nuevos *habitus* de los espacios urbanos en Potosí. En cierta forma, sus campamentos se han convertido en sus microciudades.

Estas trabajadoras mineras han construido su propia interpretación del pasado y la dignidad de su oficio. También han generado un sentido de pertenencia a una comunidad femenina, la que, a su vez, ha feminizado al Cerro Rico, cuestionando la narrativa de la hipermasculinidad del trabajo minero. En su calidad de trabajadoras, ellas se han involucrado en actividades de explotación y de circulación del mineral, dentro y fuera de las vetas. Ellas son, para todos los efectos, trabajadoras mineras, y exigen mejores

condiciones laborales; su trabajo ha generado un fuerte sentido de identidad. Finalmente, estas mujeres han cuestionado los roles tradicionales que las confinaban a la maternidad y al hogar. Las mujeres mineras cumplen una doble jornada: se dedican tanto a su oficio como a la atención y el cuidado de su hogar.

Este artículo muestra la compleja composición del proletariado minero potosino y el rol central que tienen las mujeres en su consolidación. A pesar de los muchos años de invisibilización y silencio, ellas han sido las constructoras de la riqueza del Cerro Rico y son parte de la historia y de la memoria de Potosí. Las trabajadoras mineras nos invitan a escuchar nuevas voces para releer la historia potosina.

Title: Women Miners of the Red Mountain, 1975-2022

Abstract: This article examines the trajectory of women miners in Potosí (*palliris*, *llampiras* and *serenas*) drawing on documentary sources and life narratives, with three axes of analysis: memory, work and gender. The memory of these workers is nourished by their peasant roots and mining experience, expressed through objects, symbols and narratives that connect past and present. In the labour sphere, these women participate both in extractive work and in tasks of selection and security, whilst also assuming domestic and childcare responsibilities that configure multiple working days. With regard to gender, institutional discourses of the 1960s situated them primarily as housewives and mothers, in contrast to their agency in associations and their demands for rights. The feminisation of Cerro Rico, reflected in virgins, festivities and the naming of mine entrances, transforms a historically masculine space. Despite persistent inequalities, the workers have consolidated a sense of belonging and community, projecting horizons of social mobility for their children and reconfiguring the memory and mining identity of the Red Mountain.

Keywords: Cerro Rico, COMIBOL, domesticity, *llampiras*, collective memory, women miners, *palliris*, Potosí, *serenas*

Título: Mulheres mineiras da Montanha Vermelha, 1975-2022

Resumo: Este artigo examina a trajetória das mulheres mineiras de Potosí (*palliris*, *llampiras* e *serenas*) a partir de fontes documentais e relatos de vida, com três eixos de análise: memória, trabalho e gênero. A memória destas trabalhadoras nutre-se das suas raízes camponesas e da experiência mineira, expressando-se em objetos, símbolos e narrativas que conectam passado e presente. No âmbito laboral, estas mulheres participam tanto em trabalhos extrativos como em tarefas de seleção e resguardo, enquanto também assumem responsabilidades domésticas e de criação que configuram múltiplas jornadas. No referente ao gênero, os discursos institucionais da década de 1960 situavam-nas principalmente como donas de casa e mães, em contraste com a sua agência em associações e as suas demandas de direitos. A feminização do Cerro Rico, refletida em virgens, festividades e denominações de bocas de mina, transforma um espaço historicamente masculino. Mesmo com iniquidades persistentes, as trabalhadoras consolidaram um sentido de pertencimento e comunidade, projetando para os seus filhos horizontes de mobilidade social e reconfigurando a memória e a identidade mineira da Montanha Vermelha.

Palavras-chave: Cerro Rico, COMIBOL, domesticidade, *llampiras*, memória coletiva, mulheres mineiras, *palliris*, Potosí, *serenas*